

Una empresa cultural del primer peronismo: la Revista «Hechos e Ideas» (1947-1955)

Alejandro CATTARUZZA*

La revista radical *Hechos e Ideas* se publicó entre 1935 y 1941, cuando dejó de aparecer después de 41 entregas. En agosto de 1947, instalada ya en el campo del peronismo gobernante, presentó su número 42; hasta junio-julio de 1955, y con una frecuencia mensual casi permanente, ofreció 93 números¹.

De este modo, un emprendimiento político-cultural cubría, aun con intermitencias, 20 años. En la Argentina, una continuidad semejante, en particular cuando se trata de publicaciones partidarias, resulta muy poco frecuente. Junto a esta circunstancia, otras características de la publicación contribuyen a convertirla en un testimonio especialmente útil para el análisis de algunos problemas de la historia intelectual y de las ideas en la Argentina: la revista perteneció al radicalismo en los años treinta, una década que se entiende crucial para la definición de la identidad partidaria de la UCR, y en general, para la estabilización de ciertas tradiciones ideológicas en el mundo político argentino. Por otra parte, al desplazarse hacia el peronismo desde el radicalismo «oficial», ofrece oportunidades para reconsiderar la relación que, en los años cuarenta,

* Este artículo ha sido realizado en el marco de una investigación llevada adelante gracias a una beca concedida por la Universidad de Buenos Aires.

¹ Sobre el período radical de la revista pueden consultarse CATTARUZZA, Alejandro: *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al caso radical*; Biblos, Buenos Aires, 1991; PIÑEIRO, Gabriel: *Del radicalismo al peronismo: «Hechos e Ideas» 1935-1941*; CEAL, Buenos Aires, 1989; PERSELLO, Virginia: «Liberalismo y democracia en el pensamiento radical», en *Anuario*, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, número 13, Segunda época, 1992.

sostuvieron ambos movimientos; los esfuerzos realizados por sus colaboradores, luego de 1947, por precisar la «doctrina» del peronismo, revelan a su vez la multitud de voces que la habitaban. Finalmente, por tratarse, como se verá, de un intento que convocaba a intelectuales —en sentido amplio—, la revista se constituye en un material que admite ser interrogado desde la preocupación por las políticas que el primer peronismo esbozó hacia el mundo de la cultura.

En este artículo intentaremos, entonces, proponer algunas reflexiones alrededor de los puntos que acabamos de mencionar, concentrándonos en la etapa peronista de *Hechos*...

I

En los planteamientos que acabamos de realizar un presupuesto no explicitado se hace presente: el que sostiene que se trata de «la misma» revista que pasa del radicalismo al peronismo. En realidad, y ello se evidencia en algunos otros trabajos dedicados, aun tangencialmente, a la publicación, se suele partir de un dato verificado, «exterior» a la revista —el ingreso al peronismo de grupos radicales—, que viene a ratificarse, o eventualmente a problematizarse, a través del caso de *Hechos*.... Si bien el centro de este argumento sigue en pie, es justo realizar algunas precisiones sobre él, en particular si se recuerda que se trata de una empresa colectiva, y que junto a la dimensión estrictamente política, ella involucró cuestiones vinculadas al mundo intelectual.

En primer lugar, debemos preguntarnos cuáles son los elementos que deben atenderse (más allá de la identidad en el nombre y la correlatividad de la numeración), para suponer que se trata de la «misma» revista. Si, por ejemplo, se ensaya una respuesta que atienda a los elencos de articulistas de ambos períodos, intentando una cuantificación que, aplicada a este tipo de cuestiones siempre presenta dificultades, la evidencia de la continuidad no resulta demasiado contundente: de los casi cien radicales que escribieron en *Hechos*... entre 1935 y 1941, alrededor de 15 apoyaron al peronismo en algún tramo de su gobierno. De ellos, aproximadamente 11 colaboraron con la revista en la etapa peronista, en ocasiones a través de la mera reproducción de discursos parlamentarios.

Si a este grupo agregamos los miembros de la UCR que, sin haber participado en la etapa radical de *Hechos*...., pasaron al peronismo y publicaron artículos en la revista luego de 1947, las cifras que se obtienen tampoco permiten proponer conclusiones definitivas: de un universo cercano a los 240 articulistas argentinos presentes en el período peronista, 23 provienen con

certeza del radicalismo, incluyendo en esta cantidad a los antiguos colaboradores.

Estas cifras, así planteadas, eluden voluntariamente la serie de dificultades de las que hablamos más arriba. Así, por ejemplo, el número de notas que un autor publicaba y su frecuencia, la necesaria diferenciación entre artículos especiales para la revista y transcripción de discursos parlamentarios, incluso la posibilidad de muertes de colaboradores radicales, son variables y circunstancias que no han sido ponderadas aquí. Entendemos, además, prácticamente imposible intentar una operación semejante sin apelar a decisiones estrictamente «cualitativas»².

Teniendo en cuenta, entonces, lo incierto de las opiniones que puedan construirse sobre esta cuantificación inicial, resulta a nuestro juicio más pertinente operar sobre datos «periféricos», y privilegiando, como venimos sugiriendo, una aproximación cualitativa. Desde esta perspectiva, la imagen de la continuidad se refuerza: el director es el mismo en ambos períodos (E.García); el representante viajero de la época radical (R.Palacios) se convierte en administrador luego de 1947; O.Fernández Silva y Lázaro Liacho³ se contaron entre quienes

² Un ejemplo de la puesta en juego de atinadas vías de solución a los problemas que una fuente de este tipo presenta al ser abordada de esta manera particular, lo constituye el trabajo de BIZCARRONDO, Marta: *Araquistain y la crisis socialista en la II república: «Leviatán» (1934-1936)*. Siglo XXI, Madrid, 1975. Cabe señalar, por otra parte, que muy probablemente *Leviatán* inspirara, como proyecto cultural, el que desplegara *Hechos e Ideas* en los años treinta. Esta presunción, apoyada en cierta evidencia empírica (coincidencias marcadas en aspectos materiales de ambas revistas; notas reproducidas por la revista argentina; colaboradores comunes, entre otros elementos que *no incluyen*, desde ya, la identidad político-ideológica), se ha alcanzado siguiendo una de las líneas de investigación desplegadas en el marco de una beca que nos fue concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia de España, con lugar de trabajo en la Fundación Pablo Iglesias. Puede observarse, entonces, que una revista argentina radical, fiel a Alvear -fidelidad que, a juicio de muchos historiadores argentinos y extranjeros, debía implicar una actitud ideológica «conservadora progresista», o quizás «liberal conservadora»- no duda en recurrir, aun recordando su discurso, a la publicación que parece haber constituido el más fuerte ámbito de expresión de las tendencias «bolcheviques» y radicalizadas de PSOE. *Leviatán* también sostenía unas mucho menos sorprendentes relaciones intelectuales, a través de las mismas vías que señalamos, con *Izquierda* -organismo de la oposición de izquierda del Partido Socialista argentino-, y con la ya citada *Claridad*, abierta a prácticamente todas las expresiones de la izquierda argentina y latinoamericana.

³ Recordamos aquí que Lázaro Liacho había participado de la experiencia de las publicaciones de la izquierda porteña *Los pensadores* y *Claridad* desde los años veinte. Durante la década abierta en 1930 publicaba comentarios bibliográficos tanto en *Claridad* como en *Hechos...* En tiempos de los primeros gobiernos peronistas colaboró en el suplemento cultural de *La Prensa*, dirigido por César Tiempo, mientras el diario estuvo bajo control de la oficialista Confederación General del Trabajo.

tenían a su cargo la sección Bibliografía en ambas épocas, y, en el primer caso, algunas de las traducciones. A estos hechos debe agregarse la permanencia de ciertas políticas editoriales, tales como las traducciones frecuentes, los contactos con el exterior y la recepción tanto de artículos especiales de colaboradores latinoamericanos como de bibliografía aparecida en la región, la convocatoria a intelectuales de cierto prestigio nacional o la reproducción de sus artículos, la inclusión de autores capaces de emitir opiniones técnicas sobre cuestiones económicas, jurídicas o institucionales, y la búsqueda de un público «ilustrado», y quizás la intención de crearlo en el interior del propio peronismo. Sobre estos «indicios» (utilizando la noción en el sentido que Guinzburg le atribuye)⁴, puede sostenerse la que es nuestra opinión: la hipótesis de la continuidad se asienta inicialmente, aunque no de modo exclusivo —ya que, como se verá más adelante, proponemos también la persistencia de algunas formulaciones ideológicas— en la existencia de un proyecto editorial, a cargo de un grupo reducido de intelectuales, que se atribuye la tarea de precisar la «doctrina» del movimiento al que pertenece, y apela para lograrlo a una organización del material que constituye la revista, y a una estrategia de difusión que, insistimos, son las mismas en ambos períodos.

La innovación más evidente respecto de la etapa radical, en este plano, no hace más que reforzar la opinión que acabamos de exponer. Luego de 1947, sobre la revista se fundó una editorial homónima, que prolongó su existencia hasta, al menos, 1957; operaciones similares habían realizado, desde los años veinte, algunos grupos intelectuales de la izquierda argentina, y, con peor suerte, sectores vinculados al nacionalismo. El catálogo de «Ediciones Hechos e Ideas» se ha podido reconstruir sólo parcialmente —aunque no lo suponemos demasiado extenso—, e incluye las siguientes obras: el *Índice analítico de la Constitución de la Nación Argentina*, cuyos autores fueron C. Silva y F. Rodríguez Castro (1949); una versión parcial de *Política Británica en el Río de la Plata*, de R. Scalabrini Ortiz (1950); el *Segundo Plan Quinquenal de la Nación Argentina*, que contiene, junto al texto de la ley correspondiente, una serie de discursos y artículos sobre múltiples aspectos del plan, conformando un volumen de unas 620 páginas (1954). Luego de 1955, el mismo sello editorial publicó *La lucha contra el coloniaje económico*, de E. Corominas (1956) y, de E. Rumbo, *Petróleo y vasallaje* (1957); ambos autores habían sido no sólo funcionarios peronistas sino también colaboradores de la revista.

⁴ Nos referimos al artículo «Señales: raíces de un paradigma indiciario», que ha sido objeto de múltiples ediciones. Citamos aquí la siguiente: GINZBURG, Carlo: *Señales. Raíces de un paradigma indiciario*, Cuadernos de Teoría e Historia de la Historiografía/Biblos, Buenos Aires, 1990.

La persistencia de este esfuerzo editorial —que se apoyaba en el anticipo o la reproducción en la revista de los textos que conformaban los libros— nos permite insistir en un ejercicio intentado en nuestros análisis del período 1935—1941: el bosquejo del lector que la revista anhelaba⁵. También en esta ocasión, como en la etapa radical, *Hechos...* intenta hablar a un militante con un cierto nivel de educación formal, funcionario medio del aparato estatal o partidario, capaz de interesarse en una revista que traduce, por ejemplo, un artículo de Kelsen titulado «El derecho natural ante el tribunal de la ciencia», y que publica trabajos tales como «La edad de los argentinos según el código civil» y «Fitogeografía de la República Argentina»⁶. En este mismo sentido puede leerse, por ejemplo, la presencia de números especiales dedicados a la reforma constitucional de 1949 y al Segundo Plan Quinquenal⁷ que se materializaban en volúmenes de más de 400 páginas, e incluían, junto a los discursos del propio Perón, artículos específicos, producto de enfoques marcadamente técnicos. Apunta también en la misma dirección la presencia sistemática en las páginas de *Hechos...* de profesores universitarios, en particular, de la Universidad de Tucumán, una de las menos afectadas por los cambios realizados por el gobierno, y de las pocas que conservaban algún prestigio reconocido por la oposición, y de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, escribiendo sobre su especialidad⁸.

No parece ser entonces ésta, como tampoco lo era la *Hechos...* radical, una revista pensada para un activista barrial o sindical «de base»; mucho menos,

⁵ Ver ECO, Umberto: *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Lumen, Barcelona, 1987 (1a. ed. italiana: 1979), en particular, caps. 3 y 4; SMITH ALLEN, James: «History and the Novel: *mentalité* in Modern Popular Fiction», en *History and Theory*, Wesleyan University, vol. XXII, núm 3, 1983; y SARLO, Beatriz: *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina 1917-1927*. Catálogos, Buenos Aires, 1985. En todos estos trabajos se analizan las posibilidades y las dificultades de la operación de «reconstruir» al lector anhelado a partir del texto.

⁶ Ver *Hechos e Ideas* (en adelante *HEI*), números 76, jul. 1950; 100, jul. 1952; y 102, set. 1952, respectivamente. Los autores de los artículos, también en el orden que aparecen en el texto son Hans Kelsen, Jorge Farías Gómez y Luis Repetto.

⁷ Ver los números 56-57, de noviembre-diciembre de 1948, y los números 58-59-60, de enero-marzo de 1949; ambos volúmenes están dedicados, casi por completo, a la reforma de la Constitución. La edición extraordinaria de enero-abril de 1953, que incluye los números 106-107-108-109 en un volumen único, trata por su parte del Segundo Plan Quinquenal.

⁸ Algunos de estos profesores universitarios son Francisco Padilla, Raúl Poviña, Nazareno Roncella, Norberto Antoni, Jesús Martínez, A. Piossek (todos de la Universidad Nacional de Tucumán), Claudio Sánchez Albornoz -a pesar de las buenas relaciones del gobierno con Madrid-, Roberto Christensen (ambos de la Universidad de Buenos Aires) y Pedro Altamira y Carlos Portela (de la Universidad Nacional de Córdoba).

para aquellos contingentes que, habiendo migrado desde el interior a partir de 1930 constituían, según se admite, uno de los grupos más nutridos de los que hallaron su identidad política en el peronismo⁹; difícilmente puedan haber supuesto los hombres de *Hechos...* que un público de este tipo fuera capaz de manejar la «enciclopedia»¹⁰ necesaria para dotar a aquel material de una significación política precisa. Así, se hace nuevamente evidente una continuidad con el proyecto que la revista exhibió en su etapa radical: además de apelar a los varios conjuntos ideológicos habituales en el radicalismo y luego en el peronismo, los hombres de *Hechos...* se esforzaron por dotar a su discurso de una serie de apoyos técnicos, de citas prestigiosas, de una impronta «académica», que lo legitimaran ante el público que pretendían alcanzar.

La continuidad que planteamos se halla, por otra parte, propuesta por la propia revista: *Hechos...* no sólo recupera la numeración iniciada en 1935, como hemos señalado, sino que también publicita la venta de su colección completa. Naturalmente, esta última actitud puede explicarse desde una perspectiva comercial, pero creemos que el gesto adquiere, también, una clara significación en el plano que estamos recorriendo. La revista no oculta ni su pasado radical, ni sus vínculos con el aparato partidario manejado por Alvear¹¹.

A su vez, la revista realiza sistemáticamente el ejercicio de citar su propia producción de la época radical, tanto en notas aclaratorias como, inclusive, en la reproducción parcial de artículos ya publicados. Así, en el primer número

⁹ Si bien este parece ser un planteo admitido por buena parte de la bibliografía, sus formulaciones académicas iniciales pueden hallarse en ROMERO, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, [múltiples ediciones], capítulo titulado «La línea del fascismo», dedicado al período 1930-1955 e incorporado a la obra en su segunda edición, de 1956, en particular pp. 243 a 257 de la edición aparecida en Buenos Aires, FCE, 1981; y en el ensayo de GERMANI, G.: «La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo», reproducido en *Política y sociedad en una época de transición*; Paidós, Buenos Aires, 1968. Sabemos, por otra parte, que los temas de estos textos rozan la posterior polémica acerca de la «vieja» y la «nueva» clase obrera; respecto a esta última cuestión, y entre una bibliografía muy vasta, pueden consultarse MURMIS, M. y J.C. PORTANTIERO: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*; Siglo XXI, Buenos Aires, 1971; y MORA Y ARUAJO, M. y LLORENTE, I. (comps): *El voto peronista*; Sudamericana, Buenos Aires, 1980.

¹⁰ Sobre el concepto de «enciclopedia del lector», ver ECO, 1987, cap. 1. «Texto y enciclopedia», en particular p. 25 a p.31.

¹¹ Resulta llamativa la situación si se recuerda que la publicación fue una de las sospechadas de haberse beneficiado con el dinero del *affaire* de la CHADE (un asunto de compra de votos de concejales radicales por parte de las compañías porteñas de electricidad en el que se supuso complicado a Alvear), que contribuiría a divulgar la calificación de «década infame» para aquellos tiempos. El *affaire*, investigado por los gobiernos posteriores a 1943, terminó sin sanciones mayores en época del peronismo. Ver [Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad]: *El informe Rodríguez Conde*; Eudeba, Buenos Aires, 1974; p. 331.

de la época peronista, en una nota titulada «Lo que tenemos que decir a modo de presentación», la Dirección rescatará fragmentos de un extenso artículo publicado en abril de 1936, para sostener su «asombrosa identidad de pensamiento con los ideales que años más tarde habría de sostener el coronel Perón»¹². Los articulistas que colaboraron en ambas etapas también se ocupaban de recordar, en la época peronista, su participación previa como radicales¹³. Así, en el discurso de *Hechos...*, la suposición de la identidad radicalismo «auténtico»-peronismo se convertía en la condición de permanencia de su propio proyecto político-cultural¹⁴.

Si se admite lo expuesto hasta el momento, una línea de reflexión potencialmente fértil parece abrirse en torno a la cuestión de los vínculos del primer peronismo con el mundo de la cultura. Quizás una visión más matizada que las que suelen proponerse puede organizarse alrededor del destino de estos esfuerzos de un peronismo que, al menos en la actitud de la revista que nos ocupa, retoma los afanes «tecnocráticos» que en la década anterior habían hecho pie en buena parte de las formaciones políticas argentinas. El esfuerzo de *Hechos...*, allí donde se despliega sobre temas como la economía mundial, las finanzas americanas o el problema del consumo, se apoya en referentes reconocidos en el pensamiento occidental de la época, y en sectores del mundo universitario internacional, adoptando incluso aires académicos.

Así, se traducen y publican, como dijimos, trabajos de Kelsen; artículos del líder de la izquierda laborista inglesa A. Bevan —con quien la revista cree coincidir— aparecidos en la revista *L'Observateur*, de París; capítulos de una obra de Eric Vogelin, de la Universidad de Louisiana, publicados en *The Review of Politics*, que editaba la Universidad de Notre Dame, Indiana, y de la que se toman también artículos de Vincent de Santis, Cyril Black, (de Princeton), de Waldemar Gurian, (de Notre Dame); un ensayo de Hans Morgenthau, de la Universidad de Chicago; el trabajo de David Dallin, titulado «Campos de concentración en la Rusia Soviética» tomados de *The New Leader*; el libro completo de David Lilienthal, ex —alto funcionario de la administración Roosevelt, y en ese momento, presidente de la Comisión Nacional Atómica de los

¹² Cf. *HEI*, número 42, agosto 1947, p.5.

¹³ Mencionamos la ubicación de algunos ejemplos de esta operación: núm. 45, nov.-dic. 1947, p.186; núm. 46, enero 1948, p. 275; núm. 47, febr. 1948, pp. 412 y 413 (artículo a cargo de E. Madariaga, antiguo colaborador de la revista); núm.48, marzo 1948, pp.10 y 11; núm. 89, agosto 1951, p. 483; núm. 96, marzo 1952, pp. 8 a 10.

¹⁴ Insistimos en que el radicalismo «auténtico» del que *Hechos...* se considera heredero incluye a la figura de Alvear.

Estados Unidos— titulado *Democracia en Marcha. La transformación del valle del Tennessee*; artículos de Guido de Ruggero, Karl Schmitt, Gunnar Myrdal —ya famoso por su trabajo sobre el problema negro en los Estados Unidos—, y de E. Coornaert, de la Escuela de Altos Estudios de París¹⁵.

Naturalmente, la existencia de estos esfuerzos nada dice de su efectiva calidad, y poco de sus perfiles ideológicos, pero su reconocimiento permite volver a considerar el modo en el que se piensa el problema. De esta manera, podrían revisarse las opiniones que sostienen la ausencia de política cultural del peronismo, su pura reducción a la represión de la disidencia, o su perfil exclusivamente reaccionario y «tradicionalista», para plantear la cuestión en términos de su incapacidad para registrar, desde un horizonte de ideas que hemos considerado constituido en el clima cultural de los años treinta, los procesos de renovación que parecían estar incubándose en el campo intelectual argentino¹⁶.

Por otra parte, y guardando alguna relación con las cuestiones que acabamos de tratar, debe señalarse que la revista recogía sistemáticamente trabajos de la multitud de inconstantes esfuerzos editoriales que los sectores del Estado peronista vinculados a la cultura realizaban. Puede inferirse de estas prácticas la existencia de una suerte de estrategia de difusión, por múltiples vías, del mismo material, «legitimado» por la calidad de peronistas y funcionarios del estado de sus autores¹⁷. En este sentido, *Hechos...* —que hasta su último número continuó presentándose como «Publicación de cuestiones políticas, económicas y sociales»— resultaba funcional a las políticas que los organismos estatales peronistas se daban para la difusión del probablemente heterogéneo discurso oficial. Suele admitirse, sin embargo, que los resultados de estas políticas, en particular aquéllas que eran diseñadas hacia los medios

¹⁵ Los trabajos de los autores que citamos pueden encontrarse, respectivamente, en los siguientes números de la revista: 92, noviembre 1951; 94, enero 1952; 114-115, set.-oct. 1953; 71, febr. 1950; 95, febr. 1952; 118-119, febr.-marzo 1954; 42, agosto 1947; 45, nov.-dic. 1947 y siguientes; 55, oct. 1948; 74-75, mayo-jun. 1950; 95, febr. 1952; 74-75, citado, y 77, agosto 1950.

¹⁶ Aún la persistencia de ciertos referentes «fuertes» de la etapa radical, como André Sigfried, es evidente en la revista. Respecto de la situación del mundo intelectual argentino puede consultarse TERAN, Oscar.: *En busca de la ideología argentina*. Catálogos, Buenos Aires, 1985, capítulo titulado «Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950», a pesar de que buena parte del texto está dedicada a analizar los procesos posteriores a 1955; y del propio Terán «Imago Mundi: ¿De la Universidad de la sombra a la Universidad del relevo?», en *Punto de Vista*, Buenos Aires, número 34, 1989.

¹⁷ Como datos «curiosos» puede señalarse que Bernardo Canal Feijóo y Brandán Caraffa se contaron entre quienes vieron sus trabajos publicados en la revista, a pesar de su pertenencia a grupos opositores.

profesionales, técnicos e intelectuales, fueron particularmente pobres si se las mide teniendo en cuenta su capacidad para generar adhesiones y, mucho menos, consenso¹⁸.

Esta coincidencia en los esfuerzos de difusión entre *Hechos...* y los organismos del Estado peronista parece ratificada por algunos otros elementos. Por una parte, la publicidad: escasa, como en los tiempos radicales, pero a cargo de organismos del Estado, con las excepciones constituidas por alguna editorial, la de publicaciones propias y la de una empresa privada, antigua anunciante de los años treinta. Por otra, la presencia masiva entre los articulistas de funcionarios, diputados y senadores oficialistas, a la que se suma la reiteración permanente de discursos de Perón y, ocasionalmente de organismos partidarios.

Es probable que estas circunstancias hayan contribuido a la desaparición de la actitud crítica que la revista había expresado, en épocas radicales, ante la política seguida por organismos de dirección partidaria y ante los bloques parlamentarios (crítica de la que *Alvear* resultaba siempre eximido, y que convivía con la reproducción de discursos parlamentarios y documentos oficiales del partido): a partir de 1947, el apoyo a la gestión de gobierno es cerrado.

Finalmente cabe señalar, en este punto, que no hay un sector o grupo interno —de la UCR, ni luego del peronismo— al que responda la revista; no hay «grupo *Hechos e Ideas*»¹⁹. Nos hallamos, en cambio, frente a unos pocos intelectuales que se dedican a la organización de empresas político-culturales, convocando a amplios elencos de colaboradores —en su enorme mayoría, ocasionales²⁰—, miembros de su propio movimiento político.

¹⁸ Esta versión, que constituye casi una certeza en los trabajos académicos, fue durante mucho tiempo admitida por el propio peronismo, y entendida desde ese movimiento como prueba de la «mentalidad colonial» y de la ausencia de sensibilidad «nacional» de los intelectuales argentinos. Si bien a lo largo de los años sesenta y de los tempranos setenta esta lectura logró apoyos casi inesperados (como los de un marxismo conmovido por los procesos de lucha anticolonialista), ella aparece bosquejada ya en los trabajos que algunos intelectuales que habían apoyado al peronismo comenzaron a publicar inmediatamente después del golpe de Estado de 1955. Quizás el caso paradigmático pueda hallarse en las obras de A. Jaurétche.

¹⁹ El planteo de la existencia de un grupo interno en época radical aparece, por ejemplo, en el trabajo de PIÑEIRO, 1989, *passim*.

²⁰ Durante la etapa radical, los autores que contaron con mayor cantidad de artículos publicados exhibían un máximo de 8, sobre 41 números aparecidos. La situación se repite, con matices, en la época peronista, si se descuentan las reproducciones de discursos.

II

Hechos..., como dijimos, reapareció en 1947 en el campo del peronismo. En un plano que llamaremos específicamente *político*, tal espacio resulta relativamente sencillo de definir, sobre todo en una coyuntura en la que una línea divisoria de la sociedad argentina parecía haberse estabilizado en torno a la alternativa peronismo-antiperonismo²¹: la revista apoyaba, sin dudas ni atenuantes, al que llamaba el «gobierno de la revolución» y esa actitud le bastaba tanto para plantearse peronista, como para ser reconocida como tal.

Mucho más compleja es, en cambio, la respuesta a la pregunta sobre el conjunto de tradiciones²² y actitudes ideológicas que albergaba ese espacio político, y sobre su posible articulación. Esta multiplicidad de presencias —destacada con frecuencia por la bibliografía referida al peronismo, que suele proponer, simultáneamente, la «hegemonía» de alguno de aquellos sistemas de ideas—, afecta también a *Hechos...*, y se revela, por ejemplo, en la participación de colaboradores que exhibían distintas procedencias partidarias e ideológicas. Así, entre los hombres que, en algunos casos esporádicamente, publicaban artículos en la revista, hallamos a los ex-socialistas J. Coca, M. Unamuno y A. Muzzopapa; a los nacionalistas J. M. Rosa y E. Palacio; a los ex-forjistas J. del Río, A. García Mellid (en apresurado tránsito a un nacionalismo católico ultramontano) y a R. Scalabrini Ortiz; a antiguos radicales vinculados al aparato partidario —e incluso, antes de 1930, al antipersonalismo—, como E. Madariaga y el menos «ortodoxo» J. Díaz de Vivar, junto a J. Farías Gómez, J. W. Cooke y otros; al conservador E. Rumbo; al poeta José Gabriel, partícipe desde los años veinte de muchas de las empresas literarias vinculadas a la izquierda porteña, y viejo y alternativo militante del anarquismo y del trotsquismo²³.

²¹ Respecto a esta situación, ver HALPERIN DONGHI, T.: *La democracia de masas*; Paidós, Buenos Aires, 1970; pp. 52 y ss.

²² Aunque hemos utilizado con anterioridad la noción de «tradición», creemos pertinente precisar aquí que le otorgamos un sentido análogo al que aparece propuesto en THOMPSON, Edward P.: *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981 (1a. ed. inglesa: 1978), p. 289 y ss., donde el autor refiere a su *Carta abierta a L. Kolakowski*; y al sugerido por BOTANA, Natalio R.: *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*; Sudamericana, Buenos Aires, 1984; *passim*.

²³ Hemos postergado hasta este momento la exposición de los nombres que integraron los elencos mencionados en el apartado anterior, atendiendo a la claridad expositiva. Los *ex-radicales* que participaron en la experiencia de *Hechos...* peronista fueron: E. García, R. Scalabrini Ortiz, A. García Mellid, L. Píriz, H. Manzi, J. Farías Gómez, E. Vaccaro, M. Mainar, E. Madariaga

La heterogeneidad en los perfiles ideológicos que sugieren orígenes tan diversos no era nueva en la revista: se había hecho ya presente en la etapa radical, aunque con rasgos atenuados y presentando límites algo más precisos. Quizás si se tienen en cuenta en el análisis los procesos de constitución de identidades partidarias puedan «explicarse» estos matices, ya que si bien el radicalismo de los años treinta todavía pugnaba por terminar de definirse en el plano que llamaba «doctrinario» —y ésta fue una de las tareas que la revista se asignó explícitamente—, los cuarenta y cinco años que llevaba actuando en el escenario político constituían un punto de partida más firme que el que podía exhibir en 1947 el heterogéneo y recién nacido conglomerado llamado peronismo.

Es posible, por otra parte, que algunos de los intelectuales provenientes de sectores de la izquierda y del «democratismo radical» que veían en el peronismo el nuevo agente político con el que contaban para la reforma de la sociedad, percibieran esta escasa precisión ideológica del movimiento, y privilegieran el apoyo al gobierno como condición exclusiva para la identificación de aliados y adversarios. Así, el antiguo radical L. Píriz insistía en una preocupación que la Dirección de la revista había hecho suya desde la fundación, en 1936, en estos términos: «Hay que rechazar el pensamiento de crear un partido sin base programática, con ideario simplista. Ni lo espontáneo, ni lo intuitivo»²⁴.» Por su parte, R. Puiggrós —que, aclaramos, no participó de la experien-

ga, J. Bertotto, A. Antille, B. Horne, A. Mathus Hoyos, F. Pérez, J.W. Cooke, J. Díaz de Vivar, J. del Río, J. de Aguirre, A. Leloir, O. Fernández Silva, R. Bustos Fierro, A. Sampay, E.P. Camus.

Los nombres subrayados son los de aquéllos que participaron en ambas etapas de la revista; insistimos en que estas cifras no resultan demasiado firmes para obtener conclusiones. A. Sampay, por ejemplo, habiendo publicado un artículo en el período radical participa durante el peronismo sólo a través de la transcripción de discursos en ocasión de la reforma constitucional.

A este grupo cabe agregar, por otra parte, a A. Soldano y a O. Confalonieri que, siendo articulistas en tiempos radicales, devinieron peronistas —Confalonieri sólo en los primeros tiempos— pero no publicaron en *Hechos*.

La revista, por otra parte, se convirtió en ámbito de reencuentros curiosos, como los que protagonizaron J. Coca, J. Unamuno, A. Muzzopappa, J. Gabriel y el mencionado Lázaro Liacho: todos ellos habían formado parte de la experiencia de *Claridad*, y de otras vinculadas a la izquierda intelectual en los años treinta; muchos de ellos habían también compartido la militancia en la izquierda del PS y luego en el PS Obrero. José Gabriel, que había sido corresponsal en la Guerra de España, fue figura importante en la segunda etapa de la revista *Timón*. Editada durante la guerra en Barcelona, luego de 1939 Diego Abad de Santillán y Carlos de Baraibar la publicarán, con continuidad marcada, en Buenos Aires. La revista, desde sus comienzos, fue furiosamente antiestalinista; también muchos hombres del PSO argentino lo eran (aunque otros ingresaron finalmente al PC), y ecos de esa posición se hallan en las colaboraciones de estos hombres en *Hechos*...

²⁴ Cf. *HEI*, núm. 45, nov.-dic. 1947, p.171. Expresiones similares abundan en la revista; ver, por ejemplo, número 42, ag. 1947, p.27

cia de *Hechos*.... — parece ejemplificar con gran claridad la última actitud que señalamos. En el prólogo a la segunda edición de *Rosas el Pequeño*, aparecida en 1953, el autor plantea dos líneas de crítica a los «rosistas militantes»:

«10.—Su creencia en que los gérmenes de un capitalismo nacional en la esfera rural [...] pudieran ser los orígenes de un desarrollo autónomo del capitalismo argentino, prescindiendo del mercado mundial, de la existencia del imperialismo y del progreso alcanzado por las naciones más adelantadas de la época. Esto es pura utopía [...]

«20.—Su desconocimiento del doble papel que el imperialismo cumple a pesar de sí mismo: si por una parte oprime, deforma y exprime a los países poco desarrollados [...] por la otra se ve en la necesidad de trasplantar su técnica, incorporar sus capitales, crear clase obrera, estimular el capitalismo nacional, gestar los elementos opositores que conducen a la liberación económica de los pueblos explotados por los monopolios. Estas fuerzas [...] se desarrollaron progresivamente desde la caída de Rosas hasta nuestra época de revolución nacional emancipadora, y son los pilares de esta revolución.»

Luego de señalar estas áreas de debate, que contienen de manera evidente problemas teóricos complejos —que exceden la polémica sobre Rosas—, en absoluto banales para la toma de decisiones políticas, y discutidos por la izquierda latinoamericana desde hacía más de veinte años, Puiggrós reorganizará su diseño de los bloques que se enfrentan en 1953 en un nivel marcadamente diferente:

«Estas divergencias [...] no impiden que afirmemos nuestra solidaridad con los admiradores —al igual que con los detractores— de Juan Manuel de Rosas que asumen hoy una actitud clara y consecuentemente antiimperialista. Somos sus amigos y sus aliados en la revolución nacional emancipadora, del mismo modo que nos sentimos totalmente en contra de aquellos antirrosistas que [...] forman en las filas de la contrarrevolución [...]»²⁵.

Quizás criterios similares al bosquejado en este párrafo fueran los utilizados por *HEI* a la hora de convocar articulistas o publicar trabajos; de ser así, su existencia permitiría comenzar a mirar con menos asombro aquellas presencias ideológicamente contrapuestas, e inclusive los pequeños indicios de las tensiones que producían: en las páginas de la revista conviven quienes citan elogiosamente a Azaña con algunos pocos colaboradores que buscan apoyos «teóricos» en la producción del propio Franco²⁶.

²⁵ Ambas citas corresponden a PUIGGROS, Rodolfo: *Rosas el Pequeño*; Buenos Aires, 1953 (1.ª edición: 1943); pp.10 y 11.

²⁶ Respecto de las citas y las evocaciones de Azaña, ver, entre otros, los números 45, nov.-dic. 1947, p.176; y 114-115, set.-oct. 1953, p. 385. La mención a Franco por parte de un colaborador, en número 116, nov.-dic. 1953, p. 63.

En relación con lo expuesto, puede plantearse, entonces, que no nos hallamos ante intelectuales que, abandonando los sistemas de ideas que habían sostenido hasta aquel momento, se vuelven «ideológicamente peronistas»: esta idea presupone la existencia, hacia 1947, de alguna visión del mundo que, con perfiles nítidos y diferenciándose de otras, pudiera llamarse así. Quizás los años que median hasta 1955 sean el escenario de la construcción de una tradición de ese tipo, pero, al menos inicialmente, se trata de individuos que tratan de explicar el peronismo y su adhesión a él apelando a herramientas mentales muy similares a las que habían utilizado en los años treinta²⁷. Aquel movimiento venía a convertirse en el nuevo y poderoso agente que ellos creían haber encontrado para la realización de anhelos antiguos; antes que nuevos horizontes, el peronismo parecía ofrecerles caminos más firmes para alcanzar los de siempre. El ex-radical Vaccaro lograba revelar, en 1948, esta actitud, cuando buscaba respuestas a una pregunta que entendía crucial: «la revolución que soñamos[como radicales], ¿es la revolución de Perón?»²⁸»

Las justificaciones del apoyo al gobierno —insistimos, único punto firme de referencia para «identificar» a un peronista que puede obtenerse en la revista— variaban, así, de acuerdo con la matriz desde la que se las ensayaba. Sin embargo, todas ellas reconocían en el peronismo un movimiento que llamaban «de la nación y del pueblo»²⁹.

Naturalmente, en el imaginario de un nacionalismo de reconocida estirpe inicial maurrasiana, y cuyos impulsos de fines de los treinta hacia posiciones que lejanamente recordaban las del fascismo radical³⁰ habían quedado por lo menos debilitados luego del final de la Segunda Guerra Mundial, aquel movimiento de la nación y del pueblo se constituía en la lucha contra el clasismo disolvente y contra los «intereses extranjeros», representando el reaseguro de una supuesta cultura «tradicional» que creía siempre amenazada. Debe recono-

²⁷ Naturalmente, pueden mencionarse casos de rápidas y profundas trasmutaciones ideológicas, como el citado de García Mellid, que continuaban una tradición que en la Argentina se remontaba cuando menos hasta comienzos de los años veinte. Sin embargo, García Mellid pasaba del liberalismo democrático -que exhibía cuando militaba en la UCR- al nacionalismo católico, desde donde apoyaba al peronismo; en ambos casos, desde las tradiciones ideológicas que mencionamos, podría haber sostenido posiciones políticas diferentes a las que efectivamente asumía.

²⁸ Cf. *HEI*, núm.48, marzo 1948; p.71

²⁹ Esta caracterización había sido central también en la etapa radical de la revista.

³⁰ No es esta la ocasión de pasar revista a la bibliografía sobre el nacionalismo; mencionamos sólo algunos trabajos específicos: BARBERO, María y Fernando DEVOTO: *Los nacionalistas*; CEAL, Buenos Aires, 1983; BUCHRUCKER, Ch.: *Nacionalismo y Peronismo[...]*; Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

cerse, sin embargo, que si se atiende a los elencos de los articulistas de *Hechos...* la presencia de individuos que hubieran militado en formaciones nacionalistas con estas características es escasa, reduciéndose a los citados Palacio y J.M.Rosa; a ellos pueden agregarse García Mellid, Scalabrini Ortiz y Díaz de Vivar. Y, aunque nuestra suposición se apoye en un gesto quizás accidental, puede plantearse que la Dirección de *Hechos...* recortaba el discurso nacionalista según una perspectiva propia: el capítulo que la revista anticipará, en 1954, de la *Historia de la Argentina (1515-1938)* de E.Palacio es el titulado «La república liberal y mercantil», en el que se enjuicia a los gobiernos posteriores a 1880 y se exaltan las revoluciones radicales³¹. La presencia de revisionistas, curiosamente, tampoco constituía una novedad en *Hechos...*, que llegó a publicar trabajos de algunos hombres vinculados a él ya en los años treinta³².

Para algunos de los socialistas, en cambio, apoyar a un peronismo concebido como nacional y popular, se convertía inicialmente en la salida práctica de un debate teórico que los había tenido como participantes privilegiados, junto al PC y al aprismo, en los años treinta: el que se refería al problema de la constitución de sujetos capaces de promover el cambio social allí donde el proletariado clásico no parecía mayoritario entre los sectores populares, que involucraba por otra parte la cuestión de la existencia y el papel de la llamada burguesía nacional, y del Estado, ante la presión imperialista. En 1947, por ejemplo, decía Coca:

«[...]industrializar es , del punto de vista del socialismo, salir de la economía agropecuaria, raíz económica, y por lo consiguiente, política y social de la oligarquía [...] para aplicar medios económicos y financieros, progresos técnicos y nuevas normas jurídicas a la explotación de todas las posibles fuentes de riqueza, lo que supone elevar el nivel de vida de los trabajadores, reunirlos para la cooperación colectiva en la fábrica [...], facilitar así su organización, darles de esta manera una conciencia de su fuerza y de sus intereses [...].»

«La revolución económica que implica la industrialización argentina, favorecida y encauzada por el gobierno revolucionario, [...] no es ciertamente una revolución socialista, aunque sí es para los socialistas auténticos la condición previa e indispensable de todo socialismo»³³.

Más abundantes en *Hechos...*, los viejos radicales sostenían que ese peronismo de la nación y del pueblo, cuyo combate contra los «privilegiados» y el imperialismo ocupaban por completo el escenario político argentino, era la

³¹ Ver *HEI*, núm. 120-121, abril-mayo 1954

³² Ver CATTARUZZA, 1991, p. 12 y ss.

³³ Cf. *HEI*, núm. 43, set. 1947, p. 41

continuidad natural del radicalismo. Debe concederse que más allá de la carga de verdad que entrañara esta afirmación, el discurso de la Dirección de la revista y de los colaboradores provenientes del radicalismo es exactamente el mismo en los años treinta y en la segunda mitad de los cuarenta; sólo cambia el espacio partidario donde las virtudes y características anheladas se reconocen.

Estas atribuciones de sentido diversas a una imagen del peronismo presentan sin embargo algunos rasgos comunes. En primer lugar, se trata de construcciones escasamente clasistas, aún en las versiones de los ex-socialistas. El enfrentamiento que se suponía atravesaba a la sociedad argentina seguía desarrollándose, para la publicación, entre la Nación y los privilegiados. Ese bloque de la nación, cuya imagen propuesta recuerda a la del Tercer Estado francés, no se concibe tensionado por enfrentamientos de clase: como en los años treinta, la revista lo supone constituido por *todas* las clases enfrentadas a los privilegios y afectadas por el imperialismo (los «trabajadores», la «clase media», los «pequeños propietarios»), que constituyen, en conjunto, la mayoría de la población. Es en este doble implante —«nacional» por mayoritario, «popular» por el origen de sus apoyos— donde se define el perfil del movimiento que *Hechos...* cree habitar³⁴.

Por otra parte, se destaca la certeza —también arraigada en los radicales que participaron en la experiencia en los años treinta— de que la reforma de la sociedad podía impulsarse desde el poder político. El Estado, del que se suponía haber desalojado a la «oligarquía» que lo utilizaba en la defensa de sus intereses parciales, facciosos, era ahora un Estado «democrático», en manos del pueblo, y constituía una herramienta para la defensa del interés general, esto es, el de la mayoría, el de la nación. Un Estado de este tipo, de acuerdo con los hombres de *Hechos...*, era una herramienta apta para saldar el conflicto social a favor de los sectores populares; naturalmente, estos hombres creían que el peronismo lo estaba haciendo, a través de la instauración de la «justicia social»³⁵.

La persistencia de fórmulas, creencias y problemas que habían sido los de décadas anteriores se revelará también cuando la publicación intente dar cuenta de algunas cuestiones referidas al escenario político internacional. Así,

³⁴ Estos planteos son permanentes en *Hechos...*, y forman parte de las zonas más claras del discurso de la revista. Como ejemplo, puede consultarse la serie de notas de la Dirección, titulada «Glosas Políticas», y, por otra parte, los números 44, oct.1947, pp. 6 y ss.; 55, oct. 1948, p. 390 y ss.; 70, enero 1950, p. 31 y ss.; y 134-135, jun.-jul. 1955, pp 482 y ss.

³⁵ En esta oportunidad, cabe reiterar los señalado en casos anteriores: estos planteos se hallan dispersos a lo largo de toda nuestra fuente.

por ejemplo, la situación en la Unión Soviética, que había constituido desde 1917 una zona de discusión permanente en muchos de los grupos políticos argentinos, es seguida con atención por *Hechos...* luego de 1947. Durante los años treinta, la revista había condenado la experiencia stalinista, ubicándola, como otra «dictadura totalitaria», junto al nazismo y al fascismo. Esa condena, que se ejerció profusamente en ocasión de los procesos de Moscú, de la sanción de la Constitución soviética, y más tarde de la firma del pacto Ribbentrop-Molotov, se realizaba sin embargo desde la convicción de que una «revolución aplaudida por los demócratas de todo el mundo» estaba siendo traicionada por una burocracia autoritaria. Entre 1935 y 1941 *Hechos...* no dudaba en apelar a miembros de la oposición de izquierda para sostener sus críticas, y acusaba al stalinismo de restaurar los privilegios que Octubre había venido a abolir.

Ya durante el peronismo, la U.R.S.S. continúa convocando la atención de estos hombres: se reproduce la obra de D. Dallin titulada *Campos de concentración en la Rusia Soviética*, luego de que la Dirección evoque el artículo de Boris Souvarine publicado en los años treinta; se comentan elogiosamente, en la sección Bibliografía, el libro *Yo elegí la libertad*, del ex-funcionario soviético V. Kravchenko, y el titulado *Trabajo forzado en la Rusia Soviética*, del citado Dallin y B. Nicolaevsky; V. Bush se ocupa de cuestiones similares en el artículo titulado «Totalitarismo y democracia». Incluso el Prefacio del libro publicado por Ediciones Hechos e Ideas, dedicado al segundo Plan Quinquenal, constituye una exposición de las diferencias entre la planificación argentina, la que se denomina «capitalista» y la soviética, a la que se considera heredera del «stajanovismo» y destinada, como él, a «perfeccionar y justificar la explotación de las energías obreras en la consecución del poderío material que exige la natural belicosidad del régimen soviético³⁶».

Joaquín Coca, por su parte, en un artículo publicado por *Hechos...* en 1951 bajo el título «Nacionalismo y bolchevismo», propondrá, sin abandonar la pretensión de reflexionar desde el marxismo:

«[...] basta la más simple noción de lo que es en verdad el régimen político, económico y social ruso para advertir que no tiene nada de comunista después de estar en el poder los bolcheviques durante más de treinta y tres [años] y ejercerlo de la manera más absoluta.»

³⁶ La cita corresponde a la obra *Segundo Plan Quinquenal de la República Argentina*, Hechos e Ideas, Buenos Aires, 1954, p. 12. El resto de los datos consignados en el texto aparecen, respectivamente, en los números: 42, ag. 1947; 52, jul. 1948, pp. 127 y 128; 80-81, nov.-dic. 1950, pp. 303 y 304, y 102, set. 1952. Véase también el núm. 90, set. 1951, sección Bibliografía.

«Tampoco son marxistas[...] [ya que] de 'El Capital' no se desprende ninguna conclusión de tipo bolchevique, esto es nihilista, sino más bien de carácter evolucionista-revolucionaria³⁷.»

La argumentación se completa con la afirmación de que el stalinismo en particular constituye una alternativa «nacional rusa»; sus miembros «son imperialistas y para ellos Rusia es la nación destinada a dictar la ley a las demás» y su jefe es «en realidad un autócrata»³⁸.

La preocupación por el experimento soviético, así como algunas reflexiones sobre él, vuelven a referir, de este modo, a horizontes de ideas previos, y no sólo a los de los hombres vinculados a la UCR: planteos cercanos a los de Coca habían sido discutidos, desde fines de los años veinte, en una revista de izquierda como *Claridad*, probablemente al calor de las propuestas apristas. Un miembro del POR boliviano, de estirpe troskista, hablaba claramente en 1937 del «imperialismo soviético»³⁹, y A.Gide había agotado en Buenos Aires sucesivas ediciones de sus libros *Regreso de la U.R.S.S* y *Retoques a mi Regreso de la U.R.S.S.* (1936), en los que manifestaba sus críticas al régimen.

Es posible entonces —y aún corriendo el riesgo de una generalización sin suficiente evidencia empírica—, reubicar este antisovietismo de la posguerra en una tradición que no fuera la del nacionalismo, la del «populismo» o la del conservadurismo. Indalecio Prieto publicaba hacia 1954, en una editorial argentina vinculada a la oposición, su *Entresijos de la guerra de España. Intrigas de nazis, fascistas y comunistas*; allí, el socialista español insiste en las acusaciones al PCE y a Moscú que había comenzado a divulgar desde 1939⁴⁰. La editorial *Claridad*, ya en decadencia, presentaba en 1955, luego de la caída de Perón, el libro de R. Monclús Guallar —antiguo combatiente republicano— titulado *Dieciocho años en la U.R.S.S.*, que en buena parte consistía en los relatos del autor referidos a los campos de trabajos forzados. Insistimos en que no podemos realizar todavía afirmaciones concluyentes al respecto; nuestra intención es señalar que, en este punto como en otros, el fin de la Guerra Mundial permitía la reaparición de temas que los grupos democráticos habían manejado en los años treinta. Naturalmente, el clima político y cultural era otro, y en el

³⁷ Cf. *HEI*, núm. 83, febr. 1951, pp.476 y 477.

³⁸ *Idem*, p. 475.

³⁹ Cf. *Claridad*, núm. 311, marzo de 1937; el artículo, firmado por J.Dakumbre, se titulaba «Los crímenes del otro imperialismo».

⁴⁰ El libro de Prieto fue publicado por la editorial Bases, Buenos Aires, 1954; el trabajo de 1939 al que hacemos referencia se publicó en México, en 1940, con el título *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España*. La editorial Bases publicaba también trabajos de Víctor Serge y de F. de los Ríos.

contexto de la Guerra Fría brindaba la oportunidad para una traducción «atlan-
tista» de aquellas denuncias. Resultaría también de interés —si bien excede los
límites de este artículo— intentar una comparación con la situación de la
izquierda europea en los años inmediatamente anteriores a la muerte de Stalin
y a la invasión a Hungría: el prestigio que los partidos comunistas de Europa
continental habían, en general, obtenido en la Resistencia, parecía atenuar las
críticas que se bosquejaban desde fines de los años cuarenta en el ambiente
latinoamericano, en cuya formulación el exilio español ajeno al PC tenía un
papel importante.

Otro de los temas en los que aquella persistencia se revela es el de la exal-
tación del New Deal como un modelo posible de reforma «progresista y popu-
lar» del capitalismo, a través de medios democráticos. Desde 1936, abandonan-
do prevenciones iniciales, *Hechos...* había insistido en esta línea de interpreta-
ción, no sólo a través de los elogios de los autores argentinos, sino también
mediante la difusión de artículos específicos a cargo de economistas extranje-
ros; este apoyo al ensayo rooseveltiano, por otra parte, también se hace eviden-
te en algunos sectores de la izquierda, a partir de una fecha similar y con ante-
rioridad al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En su etapa peronista, la
revista señalará, una y otra vez, que el «modelo» que había inspirado la política
económica y social peronista era, precisamente, el representado por los planes
de Roosevelt. «Perón es en 1946 lo que Battle y Ordóñez o Roosevelt en su
época», dirá el Director hacia 1947, para insistir un año después: «si quisié-
ramos referir la personalidad del General Perón a un antecedente concreto [...] no
encontraríamos mejor ejemplo que el del gran demócrata del Norte, Franklin
D. Roosevelt»⁴¹. Más erudito, Coca proclamaba: «[...] Keynes, el teorizador,
[...] Roosevelt y Perón, los realizadores»⁴².

III

Es justo realizar aquí algunas observaciones acerca de nuestros propios
argumentos. En primer lugar, las que refieren a la pregunta que se le formula a
este tipo de fuentes, y al modo de manejarlas: no se trata de verificar si «efecti-
vamente» el peronismo era un partido de la nación y del pueblo, si el gobierno
peronista era similar a los que había encabezado Roosevelt, o su programa aná-

⁴¹ Cf., respectivamente, *HEI*, números 43, set. 1947, p.90; y 55, oct. 1948, p.390.

⁴² Cf. *HEI*, núm. 92, nov. 1951, p. 225. A estas citas debe agregarse la ya mencionada tra-
ducción del libro de Lilienthal sobre la política aplicada en el valle del Tennessee.

logo al del laborismo inglés, sino de atribuir a esas definiciones alguna significación en el plano ideológico. Nuestro problema es señalar qué visión del mundo revelan estos anhelos —modulados, además, por la coyuntura política más inmediata— antes que analizar su carga de verdad.

Por otra parte, debe tenerse presente que esa visión del mundo que se revela en nuestra fuente no es —*como tampoco puede serlo cualquiera que se obtenga a través de ningún otro estudio de esta índole*— una que pueda suponerse ostentada por el peronismo. Sin embargo, tanto la amplitud de los elencos que participan en *Hechos...* (ya hemos señalado que ellos incluyen a ex-radicales, ex-nacionalistas, ex-socialistas, hombres de letras, sindicalistas, funcionarios, profesores universitarios, parlamentarios, cuadros de dirección partidarios) como el apoyo oficial a la empresa permiten suponer que la que se impone en la revista resultaba bastante extendida en el resto del universo del peronismo.

En tercer lugar, debemos reconocer que el planteo de la continuidad del proyecto político cultural entre ambas etapas de la revista, que creemos atinado, no da cuenta de algunas «rupturas» menores: los sistemas de contactos con el exterior cambian algunos de sus destinos, la sección Bibliografía se reduce. Por otra parte, un análisis de esta índole no registra los cambios en los temas privilegiados. La reforma agraria, asunto del que se ocupaba sistemáticamente la revista en los años treinta, por ejemplo, se convierte en marginal durante el peronismo; la cuestión de la industrialización, ausente en la etapa radical, será en cambio atendida particularmente luego de 1947.

Recordando estos límites, y la heterogeneidad que hemos señalado, creemos estar en condiciones de proponer algunas reflexiones finales. Las zonas más nítidas del pensamiento de *Hechos...* parecen más fácilmente filiables con la tradición del democratismo radical, con aires circunstancialmente jacobinos⁴³, que con cualquier otra, nacionalista corporativa, conservadora o socialista en ciernes.

Sabemos que este tipo de definición, en muchas ocasiones, oculta más de lo

⁴³ Al utilizar la expresión «democratismo radical» hacemos referencia a quienes, desde el siglo XIX, creyeron que era posible la extensión de la democracia del campo estrictamente político al de la sociedad. Si bien esta tradición convivió, también en el siglo XIX, con fórmulas llamadas liberales —y en la Argentina de los años treinta, los hombres de *Hechos...* continuaban proclamando esa estirpe «liberal y democrática»—, ya en los años posteriores a 1945 ella aparecía vinculada a políticas intervencionistas en lo económico, rooseveltianas y ocasionalmente socialdemócratas. La noción de democracia como una forma de organización de la sociedad antes que como una forma de gobierno es, sin embargo anterior, y puede filiarse con la obra de Tocqueville. Un ejemplo de la utilización de estas nociones para el ámbito francés se halla en el manual de PRE-LOT, Marcel: *Historia de las ideas políticas*, La Ley, Buenos Aires, 1971 [1.ª ed. francesa: 1962].

que revela. A pesar de ello, buena parte de la bibliografía, académica o no, ha intentado asir la «naturaleza» del peronismo subsumiéndolo, *en conjunto y como si constituyera un fenómeno absolutamente homogéneo*, en las categorías «fascismo», «populismo», «autoritarismo», «bonapartismo» o «socialismo nacional», por ejemplo. En estas lecturas, el primer peronismo habría nacido, así, con todos sus atributos, y se mantendría siempre igual a sí mismo; este enfoque impedía la percepción de la existencia de grupos internos políticos o sociales diversos, o de las diferencias entre los papeles desempeñados por el Estado peronista en escenarios económicos regionales distintos entre sí, entre otras realidades. Un punto de partida semejante, a su vez, hacía imposible como campo de investigación el análisis de los procesos de construcción de «diferentes peronismos», todos ellos imaginarios, en las visiones de los grupos sociales que lo integraban o lo combatían. Aquella intención de descifrar definitivamente los rasgos inmutables del fenómeno en cuestión, hacía que, todavía en 1967, una obra útil como la de Fayt se presentara bajo el título «La naturaleza del peronismo»⁴⁴.

En este trabajo, en cambio, sólo sostenemos que, en las páginas de una revista representativa de los grupos intelectuales que se aproximaron al peronismo, la actitud ideológica más clara es la que llamamos del democratismo radical. Es ésta, por otra parte, la misma tradición que había sostenido la experiencia que la revista realizara desde el radicalismo. Estos planteos, más que intentar contribuir a desvelar la «naturaleza» del peronismo, aspiran a colaborar en la comprensión de su historia.

A su vez, *Hechos...* nunca deja de reclamar para el peronismo el lugar de un movimiento «modernizador», que a través de medios estrictamente democráticos ha logrado integrar al sistema político a unas masas antes ajenas a él, mediante la participación; que consiguió ordenar una economía desquiciada, impulsando la industrialización que le permitió salir de su etapa «pastoril», y orientándola en beneficio del consumo popular, de acuerdo con las tendencias que la revista cree reconocer en los países democráticos; que ha conseguido saldar el conflicto de clases —vieja pesadilla de la revista durante los años treinta— a través de la implantación de la «justicia social»; y que acabó prácticamente con el analfabetismo y con las enfermedades de la miseria.

Cuando, en su último número de mediados 1955, la revista diseñe el blo-

⁴⁴ Nos referimos a FAYT, Carlos: *La naturaleza del peronismo*, Viracocha, Buenos Aires, 1967. La obra contiene, además de un trabajo del autor, multitud de fragmentos y discusiones acerca del peronismo, que la convierten en un útil mapa para la reconstrucción de posiciones de historiadores y sociólogos, y en general, del estado de la cuestión.

que al que se enfrenta el movimiento al que pertenece, pondrá en juego muchas imágenes vinculadas a las actitudes ideológicas que venimos señalando. Luego de aclarar que no aprobaba, pero justificaba, a las «multitudes enardecidas que incendiaron tres o cuatro templos», *Hechos...* señala que sus enemigos son «la Iglesia, que por una de esas concesiones inverosímiles de la revolución había obtenido la restitución de la enseñanza religiosa», junto a las «desplazadas oligarquías», unos oficiales que «masacraron cobardemente al pueblo», y los «virtuosos nacionalistas». El objetivo que se le atribuye a este minoritario «conglomerado oligárquico clerical» es «la implantación de una dictadura fascista»; ello significaría que se ha «retrocedido a los tiempos del oscurantismo y la inquisición, o sea a la barbarie»⁴⁵.

Sin duda, estos arrebatos no eran los de todo el oficialismo. Revelan con notable fidelidad, sin embargo, algunos elementos de la visión del mundo de estos intelectuales que creyeron encontrar en el peronismo un lugar desde cual era posible reformar la sociedad en el sentido que, desde hacía muchos años, anhelaban.

⁴⁵ Ver *HEI*, núm. 134-135; jun.-jul. 1955; pp. 482 y 483. Los ecos de la caracterización que la revista realizó 1936, junto a los grupos no marxistas del Frente Popular, de las fuerzas franquistas parecen evidentes.